



Capítulo 525: Bóveda de Naberio

Virgilio escupió sangre al suelo, con el pecho agitado mientras miraba a Naberio con ese salvaje brillo azul en los ojos.

"¿El poder del hielo...?" repitió, casi riendo, con la voz ronca. "Jaja... estás delirando, mujer. Ni siquiera he visto a mi madre usar hielo. Ni un puto cristal, ni una brisa fría, nada."

Naberio entrecerró los ojos. Su expresión divina e imponente casi flaqueó ante la crudeza de las palabras.

Vergil continuó, golpeando la punta de su katana contra el suelo, y el acero chispeó contra las piedras fundidas.

"Soy lo que soy. Sangre, viento, fuego, carne y odio. No estoy aquí portando una pancarta familiar ni la herencia congelada de nadie. No soy una maldita copia de mi abuelo ni de mi madre. Yo soy yo. Vergil. ¿Entiendes?"

Las llamas doradas alrededor de Naberio parpadearon por un momento, como si su concentración hubiera flaqueado. No fue la fuerza del golpe lo que la afectó ahora, sino la sinceridad brutal, casi vulgar, del hombre que la precedió.

"Tú..." murmuró, auténtica sorpresa grabándose el rostro. "¿Te atreves a hablarme así?"

Virgilio se rió, escupiendo sangre otra vez, con su mirada feroz fija en ella.





"Me atrevo porque no me importa un carajo. ¿Querías el hielo de mi madre? Qué pena. Quizás murió con él dentro. Yo no soy ella. No soy lo que esperabas. Soy un demonio. Y nosotros, Naberius..." Él extendió sus brazos, sus alas de sangre pulsando detrás de él, todo su cuerpo ardiendo de energía cruda. "No nacimos para estar a la altura de las expectativas de nadie. Nacimos para joderlo todo y sobrevivir."

Las palabras resonaron en el salón en ruinas.

El silencio duró unos segundos. Entonces, inesperadamente, Naberius... se rió.

Primero bajo, ronco, luego fuerte, como un suave trueno pero lleno de ironía. El sonido resonó en los muros destruidos, cargado de algo que nadie esperaba oír de ella.

"Jajajajaja..." Naberius levantó delicadamente su mano hacia sus labios, casi ocultando su risa. "Realmente eres insoportable."

Virgilio arqueó una ceja y una sonrisa burlona apareció en su boca ensangrentada.

"Me lo han dicho antes."

Los ojos de Naberio brillaban, divertidos, pero también peligrosos. Había algo en esa respuesta que la desconcertó y la atrajo al mismo tiempo. Estaba acostumbrada a que los sujetos se arrodillaran, a que los guerreros intentaran impresionarla y a que los enemigos la odiaran en silencio. ¿Pero que alguien le escupa en la cara y le diga: "Que te jodan, sólo soy yo"? Eso, como mínimo, le recordó una época anterior y más verdadera.





"Eres un demonio, sí", admitió Naberius, bajando el aura que ardía alrededor de su cuerpo. La corona en llamas todavía ardía, pero ahora con menos intensidad. "Pero un demonio que no miente sobre lo que es."

Vergil balanceó la katana, sumergiéndola en el suelo agrietado. La sangre de sus alas goteaba lentamente y regresaba a su cuerpo, como si estuviera siendo absorbida.

"No tengo tiempo para máscaras. Las máscaras son para cobardes."

Naberio entrecerró los ojos, pero la sonrisa en sus labios permaneció.

"Insolente... pero genuino. Hacía tiempo que no oía nada parecido."

Roxanne, desde la distancia, todavía jadeaba, tratando de entender qué diablos estaba pasando.



"¿Ellos... dejaron de pelear?"

"No lo sé..." Murmuró Katharina, fascinada, con los ojos todavía brillando por la emoción de la batalla. "Pero creo que simplemente se ganó su respeto... de una manera muy... virginal."

Naberius respiró profundamente y recogió sus llamas doradas hasta que se convirtieron en nada más que un aura suave alrededor de su cuerpo. Su túnica brillante se reformó y las grietas en la piedra circundante dejaron de liberar calor.

Caminó unos pasos, cruzó los brazos y evaluó al hombre que tenía delante.



"No eres lo que esperaba", admitió, todavía sonriendo casi maternalmente, casi cruelmente. "Y quizás es exactamente por eso que me intrigas."

Vergil se rió entre dientes, limpiándose la cara con la manga rota.

"Bien. Porque no estoy aquí para caber en tu cajita."

Naberius resopló, riendo de nuevo, pero esta vez había una nota de cansancio en su voz.

"Insolente, arrogante, sangriento y honesto. Hm... quizás esa sea una combinación peligrosa." Ella miró hacia los muros desmoronados de la prisión. "Pero antes de irte... hay algo que me pertenece aquí."

Virgilio entrecerró los ojos, todavía jadeando.

"¿Algo que... pertenece?"

"Sí." Naberio levantó la mano y cerró los dedos, como si agarrara algo invisible. El suelo tembló y de las grietas surgió una antigua energía oscura que se retorció como humo sólido. "Este lugar no es sólo una prisión. Es una bóveda."

Rize retrocedió, con los ojos muy abiertos.

"¿Una... bóveda?"

Naberius asintió, con su cabello escarlata balanceándose suavemente.





"Durante la rebelión... cuando el mundo se dividió en el cielo y el abismo... algunas de nuestras reliquias quedaron ocultas. Mantenido encadenado y con huesos, olvidado por el tiempo. Yo fui uno de los que pagó el precio, sellado entre ellos." Su voz resonó gravemente, pero sin rencor. "Ahora, con las cadenas rotas, nada me impide recuperar lo que es mío."

Virgilio cruzó los brazos, con una mueca de desprecio todavía en su rostro.

"Hmph. ¿Entonces has estado atrapado aquí todo este tiempo sólo para servir como guardián de tu propia mierda?"

Naberius entrecerró los ojos, pero en lugar de irritarse, volvió a reír.

"Tu forma de hablar es verdaderamente un insulto viviente..." Ella levantó la mano y la energía oscura comenzó a condensarse en una forma sólida. "Pero sí, algo así."



La sala volvió a temblar cuando Naberio giró lentamente, frente a una pared cubierta de runas rotas y cadenas retorcidas.

Sus ojos brillaban dorados.

"Es hora," murmuró, levantando la palma.

El aire cambió de peso. Una energía densa y opresiva surgió de su aura y se extendió por la habitación como una ola. Luego apretó el puño y arrojó el poder contra la pared.

El impacto fue devastador.



Un destello dorado explotó, agrietando la piedra y desintegrando las antiguas runas en fragmentos incandescentes. El muro se derrumbó hacia adentro, como si fuera tragado por una fuerza mayor, revelando detrás de él una antigua bóveda, hecha de hierro negro y huesos entrelazados. Las cadenas que lo ataban se desmoronaron, quemadas por su energía.

Desde dentro, algo brilló.

Un rayo de luz roja atravesó la oscuridad mientras una forma comenzaba a moverse por sí sola. El aire silbaba y el sonido metálico llenaba la sala.

Una espada.

La espada voló hacia Naberio, perforando el espacio como si tuviera vida propia, como si reconociera a su dueño después de siglos de separación. Su borde brillaba de color rojo escarlata, la empuñadura estaba hecha de oro antiguo y huesos tallados. El poder que emanaba de él era tan intenso que incluso Virgilio, todavía herido, entrecerró los ojos.



Naberio abrió los brazos, como una madre que da la bienvenida a un niño perdido.

Cuando la espada cayó en sus manos, se la abrazó al pecho, cerrando los ojos por un momento. El aura dorada y la energía sangrienta de la espada se mezclaron en una armonía que parecía imposible.

"Ah..." Su suspiro resonó en el pasillo, suave, cargado de emoción. "Mi bebé... eres hermosa como siempre."

Deslizó sus dedos a lo largo de la hoja, como si acariciara un rostro amado. El filo de la espada reaccionó, encendiéndose en llamas rojas y doradas que



bailaban por la habitación, como si vibraran de felicidad al volver a estar en sus manos.

Katharina se mordió el labio, fascinada.

"¿Qué intimidad es ésta...? Ella... está tratando una espada como si lo fuera..."

"Un hijo," Roxanne terminó, casi en un susurro, tratando de ocultar la tensión en su voz.

Vergil, sin embargo, se rió suavemente y volvió a escupir sangre al suelo.

"Jaja... ahora lo he visto todo."

Naberio abrió los ojos y lo miró fijamente por encima del brillo de la espada. Sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa, pero también había ternura en el gesto.



"Puedes reírte todo lo que quieras, heredero. Pero esta espada está más viva que muchos demonios que hayas conocido." Ella levantó la espada sobre su cabeza y todo el salón tembló con la vibración del poder. "Y juntos... éramos la destrucción encarnada.

El título parecía flotar en el aire.

Virgilio levantó una ceja, pero la provocación en sus ojos no se desvaneció.

"Entonces ya estás completo, ¿eh?" Volvió a golpear la punta de su katana contra el suelo, obligándose a mantenerse firme. "Bien. Quiero ver si esta espada te hace más interesante... o simplemente más insoportable."

La risa de Naberius resonó fuerte, esta vez incontrolable.

"Jajajaja! Insolente hasta la médula. Estoy empezando a entender por qué me diviertes tanto."

